

EL **CORREDOR** DE LAS
TORMENTAS

William SARABANDE



La vida de Torka y su familia continúa en el llamado Corredor de las Tormentas. Allí prosiguen su dura existencia que, no obstante, es feliz. Están solos, pero disfrutan de un refugio seguro y caza abundante junto a la Montaña que escupe fuego en una tierra que un día se agita. La cuestión a dilucidar es si el hombre es un animal creado para vivir en sociedad. La dureza de la vida en solitario enfrenta a Torka con la realidad que le espera dentro de una tribu: aceptar lo admisible y lo intolerable. Para un grupo exiguo como el suyo, cargado de mujeres, bebés, un niño apenas adolescente y él, como único hombre, la decisión es clara: abandonará el edén, que no obstante se muestra amenazador, con una tierra que tiembla y en la que llueve cenizas, y buscará una vida más segura en el seno de una tribu. En la parte final de la primera novela, la vida de Torka es perdonada por esa bestia infernal que hasta entonces había encarnado el mamut. Desde ese instante, el lanudo animal adquiere dones humanos a los ojos de nuestro protagonista, que lo convierte en su tótem. Este hecho acarreará numerosos problemas a Torka, que se niega a cazar mamuts cuando es acogido en una tribu cuyo alimento básico procede de la carne de este paquidermo. Con esta excusa como base, la envidia y el odio arrancarán trágicos hechos que llevarán a Torka y su familia a un nuevo exilio.

Para Dagmaar
madrina, amiga, y que, si el pasado existe,
es sin duda, Leonor de Aquitania

También, pero de ningún modo en segundo plano,
para Paul y Lois,
amigos queridos,
a quienes expreso mi agradecimiento por haberme dado
ánimos
a lo largo de toda una vida

LOS PROTAGONISTAS

- TORKA:** Intrépido cazador de insuperable destreza en el manejo del tiralanzas, conduce a su pequeña tribu desde el prohibido Corredor de las Tormentas a una nueva tierra donde otros clanes practican una magia perversa y cazan mamuts: una tierra en la que de nuevo tiene que luchar para salvar a sus seres queridos.
- LONIT:** Es la hermosa mujer de Torka, de ojos redondos, que le ha dado hijos y nunca ha dejado de amarle. Sin embargo, teme no poder resistir a la poderosa atracción que ejerce sobre ella un hombre malvado que querría destrozarla para castigar al hombre que mucho tiempo atrás la salvó la vida.
- KARANA:** Abandonado por su propio pueblo, se convierte en hijo adoptivo de Torka y con el paso del tiempo llega a ser un valiente y experto cazador. Capacitado para ver el destino de sus

allegados, correrá un gran riesgo por la mujer que puede enseñarle cómo usar sus grandes poderes.

NAVAHK: El Matador del Espíritu, el Perverso, un hechicero que utiliza sus letales encantos para satisfacer sus oscuros deseos y eliminar cruelmente a sus enemigos. Ha jurado dar muerte al odiado Karana, el único hombre capaz de enfrentarse a sus poderes maléficos...

SONDAHR: Una hechicera alta y de sobrecogedora belleza, deseada por muchos hombres, pero que sólo se entrega al joven cazador que necesita su amor y en especial sus enseñanzas para combatir a Navahk.

PRIMERA PARTE

ESPÍRITUS VIAJEROS

Capítulo 1

—En un principio, cuando la tierra era una sola tierra, cuando el Pueblo era un solo pueblo, antes de que el Padre Que Está Arriba hiciera la oscuridad que devoró al sol, antes de que la Madre Que Está Abajo alumbrase los espíritus del hielo que crecieron para cubrir las montañas, el wanawut ya había nacido para dar caza a los hijos del Primer Hombre y de la Primera Mujer, para seguirlos como nosotros seguimos ahora a las grandes manadas, para alimentarse con la carne del Pueblo lo mismo que el Pueblo se alimenta con la carne y la sangre del mamut, el caribú o el bisonte. Sólo con este propósito nació el wanawut: para enseñar al Pueblo el significado del miedo.

Las palabras del hechicero fluían en la noche, en el viento que acariciaba los contornos de la hoguera común, haciendo danzar las llamas con su frío aliento, merodeando en derredor del campamento como un invisible depredador al acecho, al tiempo que hacía estremecerse a las personas envueltas en pieles que se habían agrupado en un círculo. Sus palabras les recordaban que, a pesar de que todos estuvieran allí muy juntos, con las lanzas al alcance de la mano y los cuchillos preparados, envueltos en varias prendas superpuestas de cuero y pelo largo —además de haberse frotado el rostro con ceniza para ofrecer un aspecto más feroz—, eran, no obstante, muy pequeños y vulnerables, y se sentían asustados bajo el vasto y salvaje cielo del Ártico.

El hechicero estaba en pie, con los brazos en alto y su rostro notablemente hermoso levantado hacia el firmamento. Era un hombre en la flor de la edad. Con sus vestiduras confeccionadas por entero con la piel blanca del vientre de

caribú abatido en invierno, brillaba como el cielo de los glaciares en una noche iluminada por la luna.

—Miedo... —pronunció la palabra amorosamente, como una ofrenda a la noche, mientras las sibilantes bocanadas del viento frío y seco de la Edad del Hielo soplaban a lo largo de kilómetros y kilómetros de cordilleras de glaciares y estepas resbaladizas. Sólo él parecía en paz con la noche, como si conspirase con el viento que azotaba a los allí congregados y hacía que surgiesen negros presagios en las mentes de cada uno de los hombres, mujeres y niños que escuchaban mientras él hablaba y gesticulaba ante la gran hoguera común.

Como por orden suya, las llamas crecieron, crepitando ruidosas sobre un lecho de huesos, líquenes y tupidos montones de césped seco cortado a poca profundidad en la escarcha. Era una hoguera cálida, hambrienta, que calentaba al hechicero mientras proyectaba sus chispas tan alto que parecían unirse a las innumerables estrellas esparcidas en todas direcciones por la negra y tersa piel del cielo. El hombre sonrió, señor de la noche y de las estrellas, del viento y del fuego, con un control absoluto sobre las gentes sentadas en torno de él con las piernas cruzadas y la cabeza medida entre los hombros.

Todos excepto el recién llegado.

Algo oscuro y malévolo se movía dentro del hechicero mientras sus ojos se clavaban en el alto y musculoso joven cazador, de poderoso atractivo físico, que estaba sentado, erguido e inmóvil, sobre la piel rojiza de un león de melena negra.

Torka.

Navahk, el hechicero, estuvo a punto de pronunciar el nombre odiado en voz alta. Si Supnah —su hermano y jefe de la tribu— no se hubiera empeñado en persuadir a Torka para que se quedase, haría ya tiempo que éste se habría marchado y estaría lejos. Sí; Torka debería haberse ido. Había jurado llevar a su mujer encinta, a sus malditos perros,

al chiquillo a quien se atrevía a llamar hijo, hasta el país desconocido y prohibido que se extendía al este. Les había dicho a los miembros de la tribu de Supnah que desde la cima de un elevado promontorio había divisado la tierra prohibida y visto mucha caza allí. Casi había suplicado que Supnah y su tribu le siguieran; pero el otro hombre no se sentía inclinado a correr el riesgo de conducir a los suyos hacia lo desconocido.

Supnah habló de las responsabilidades de un jefe para con su tribu con una elocuencia tal, que Torka no tuvo otro remedio que callarse. Aunque ya se había echado la mochila a la espalda, Supnah, al final, le convenció de que debía quedarse en bien de su mujer y del niño, permanecer allí bajo la protección de una tribu más numerosa, entre aquellos que le llamaban hermano. En su momento, si los espíritus de la caza y las fuerzas de la Creación lo estimaban oportuno, tal vez podrían aventurarse juntos a través de la tierra prohibida; pero en tanto las circunstancias no fuesen propicias, la tribu de Supnah permanecería en la tierra de sus antepasados. Así pues, aunque la mujer le había pedido ansiosamente continuar su camino, Torka accedió a quedarse con la tribu de Supnah, convencido por las prudentes palabras de éste, hombre de más edad que él. Había vuelto la espalda al país lejano y prohibido para viajar hacia el oeste con la tribu de Supnah, hasta aquella noche de magia y fuego.

La sonrisa del hechicero se desvaneció al aparecer en sus ojos una expresión de odio y desdén. Antes de que Torka se les uniera, se encontraban a punto de morir de hambre. Ahora, de repente, la tierra que les rodeaba estaba repleta de caza. Eran muchos los que decían que Torka había llevado a las presas a morir bajo las lanzas de los cazadores, y Navahk, al que, como hechicero, siempre le correspondió el mérito de atraer la caza, no sabía a quién aborrecía más, si a Torka o a Supnah.

Torka le miraba ahora a él, su rostro impasible era casi tan hermoso a la luz del fuego como el del hechicero. Acostumbrado a no tener rivales, Navahk le odiaba por ello, y también porque, si bien estaba habituado a que leer los pensamientos de otros le resultase tan fácil como seguir las huellas de mamut sobre una llanura embarrada, le resultaba imposible conocer los pensamientos de Torka. A menos de que éste le permitiera hacerlo.

Torka no había ocultado que era un hombre avezado al dolor y al sufrimiento. Había vivido con miedo y supo vencerlo. El miedo encerraba pocos misterios para él; a decir verdad, lo desdeñaba. Su cuerpo tenía cicatrices de heridas infligidas por lobos, osos y mamuts, así como por el león cuya piel vestía. ¿Cómo habría podido temblar ante los relatos de un hechicero acerca de una bestia legendaria a la que nunca había visto, cuando él se había enfrentado a numerosas amenazas reales superándolas todas? El miedo debilitaba al hombre y le hacía vulnerable a los depredadores. Y por la forma en que Torka contemplaba al hechicero, se deducía que le consideraba como una especie de animal de rapiña.

Frustrado, Navahk desvió la mirada de Torka, decidido a no dejarse intimidar por él. Lograría echarle de la tribu o verle muerto, en unión de aquel a quien llamaba hijo. La idea prendió en su interior. Sonrió. A continuación lanzó una carcajada y, de repente, pegó un brinco y empezó a dar vueltas alrededor de la hoguera. Danzaba con tanta gracia como un halcón que planeara en el viento. Entonaba las canciones delirantes y sin palabras de los zorros y de los perros salvajes, de los sementales que galopaban en pos de las hembras, conduciéndolas a través de los vastos y abiertos pastizales de la tundra en estío. Se convertía en presa y depredador, oso y león, mamut y caribú, entregándose a extraños saltos y contorsiones, dejando de ser una persona de carne y hueso para transformarse en un espíritu,

justo en el wanawut sobre el cual acababa de prevenir a su gente.

Oía a las mujeres jadear de espanto, mientras los hombres alababan en voz baja la compleja ferocidad de su danza. Navahk no les prestó la menor atención. En cambio, se detuvo delante de Torka, sonriendo para disimular la envidia que le inspiraba por su belleza varonil y su calma imperturbable. El hechicero blandió su bastón de ceremonia, un fémur de camello endurecido al fuego, rematado por la grasienta calavera con astas de un antílope, la cual relucía y miraba sin ver al forastero. Blandió con furia el bastón en dirección a Torka, y todos los espolones, picos y garras cosidos en serpenteantes tiras de piel emitieron una cascada de sonidos.

—¿No teme Torka al wanawut, ahora que ha visto a su espíritu entregarse a la danza dentro de la piel de Navahk? —inquirió.

Torka no se inmutó, aunque en su interior se sentía sobrecogido por la rapacidad que vislumbraba en los ojos del hechicero. De cualquier modo, prefirió no reaccionar como correspondía.

—A Torka —respondió evasivo—, le inquietan todas las cosas que no comprende.

El hechicero le miró airado, con odio. Torka, que había visto la amenaza en los ojos de Navahk, estaba tan alerta como un animal que, encontrándose pastando, se acercara a beber en solitario en una charca de la tundra donde los depredadores solían estar al acecho. Y aún había algo mucho peor, su fría reserva hacia el hechicero estaba afectando a Supnah, el jefe de la tribu.

—Supnah...

Los labios de Navahk escupieron aquel nombre. Su hermano era un hombre prudente y cauteloso en todos los sentidos, excepto cuando se trataba de algo relacionado con su hermano menor. Con Navahk la credulidad de Supnah no conocía límites. Hasta que Torka se introdujo en sus

vidas. Ahora las palabras, los gestos, toda la espectacular representación del hechicero no habían impresionado al hermano mayor... como le ocurría desde que encontraron a Torka solo en la tundra, persiguiendo a los esclavistas que habían secuestrado a su mujer y al chiquillo.

El nombre de aquel muchacho era Karana. Abandonado con la mayor parte de los niños de la tribu de Supnah durante un periodo de hambruna, era el único que había sobrevivido, para ser encontrado más tarde y adoptado por Torka. Éste habló en nombre de Karana, suplicando a los cazadores de Supnah que le ayudasen a rescatar a su mujer y al muchacho de las garras de quienes se los habían arrebatado, después de haber asesinado a su abuelo. Las gentes de Supnah habían gritado de sorpresa al ver al jefe quieto como una estatua, mudo, sin atreverse a creer lo que veía, mientras unas lágrimas de mujer humedecían sus ojos e hinchaban sus párpados. Karana era hijo de Supnah—su único hijo—, y Navahk era el hechicero responsable del abandono de los niños. El brujo había jurado y perjurado haber tenido una visión de la muerte de Karana y de los otros niños que fueron abandonados.

—No miréis atrás —dijo a los afligidos padres—. En sus visiones, este hombre ha visto muertos a los niños, que sirven de pasto a los animales y al Espíritu Succionador, el wanawut que aúlla en la época de la larga oscuridad mientras se alimenta de la carne de nuestros pequeños. Sus espíritus de vida son entregados en alas del viento; de esta forma esos seres pequeños e inútiles que tuvieron que morir para que los fuertes no perezásemos de hambre, nacerán de nuevo para su pueblo en tiempos mejores.

Pero ahora Karana, el niño a quien Navahk declarara muerto, estaba sentado vivo y saludable al lado de su padre, de nuevo entre los suyos, gracias a Torka. El muchacho contemplaba al hechicero con sus ojos negros, hostiles, que parecían capaces de penetrar el corazón de Navahk.

El hechicero apretó las mandíbulas con fuerza. Los ojos de Karana siempre habían sido capaces de penetrarle. ¡Cómo odiaba a aquel chiquillo! ¡Y a Torka y a Supnah! Le hacían sentirse insignificante y culpable, aun cuando se alzase intrépido contra la noche, utilizando su magia para complacerles, aunque deseaba que sus palabras matasen a los tres.

Su boca se tensó sobre sus dientes blancos, pequeños y apretados. ¡Si hubiera nacido primero, musculoso en lugar de guapo, y con la capacidad para ser incluso la mitad de buen cazador que su hermano! Habría ocupado el sitio de su hermano, y ningún hombre se hubiera atrevido a poner en tela de juicio la veracidad de sus visiones o de su magia.

Claro está que una cosa semejante no había ocurrido nunca... hasta que Karana regresó del mundo de los espíritus donde Navahk le había enviado.

Ahora, a causa de ello, Supnah dudaba de su hermano en vez de seguir admirándole. El jefe estaba sentado en primera fila, en la parte del círculo ocupado por los hombres, revestido con los atributos de su cargo. Como era un hombre sin pretensiones, éstos eran escasos: se tocaba con un adorno de plumas de águila, halcón y quebrantahuesos, y de su cuello, por encima de su túnica exterior, pendía un collar hecho de la suave piel de la pechuga de aquellas aves y al cual se habían cosido sus garras con espolones. Pendían como flecos confeccionados con dedos disecados que repiqueteaban con un sonido sordo, agitados por el viento, mientras Supnah permanecía estoicamente sentado en su sitial de piel de oso relleno de hierba seca, en el lugar donde el humo errante parecía lastimar menos su nariz o quemar sus ojos. Había sentado a Torka en un sitio de honor, a su izquierda, y a Karana a su derecha. De vez en cuando miraba a su hijo y rodeaba con su poderoso brazo los delgados hombros del muchacho estrechándole contra su cuerpo, abrazándole con profundo y evidente afecto paternal, como si no pudiera creer que el chiquillo estuviese

allí de verdad. Luego, volviéndose un poco, miraba a Torka y le saludaba con la cabeza, como si quisiera exteriorizar un agradecimiento que era demasiado hondo para que las palabras pudieran expresarlo.

Al ver aquella mirada, Navahk se estremeció con rabia contenida. Los relatos y la magia eran para celebrar el retorno milagroso de Karana y en señal de gratitud a Torka por haber salvado la vida del niño. Desde que Torka irrumpió en sus vidas, nada había sido lo mismo. Los perros salvajes caminaban junto a él como si fueran suyos, y había compartido de buen grado con los miembros de la tribu los secretos del prodigioso artilugio ideado por él para arrojar lanzas.

El artilugio en cuestión no era otra cosa que un asta de hueso, que tenía aproximadamente la longitud del antebrazo de un hombre, con un mango en un extremo y una lengüeta en el otro. Sin embargo, si se sujetaba con la mano derecha el mango envuelto en un tendón, con el extremo romo de la lanza bien sujeto contra la lengüeta, y se mantenía la parte estrecha y afilada del palo apoyada sobre el hombro, cualquier hombre podía más que duplicar la velocidad, distancia y potencia de su lanzamiento. Con un arma tan impresionante condujo Torka a los cazadores de Supnah a la victoria sobre los raptos asesinos de la Tribu Fantasma.

Y ahora, gracias exclusivamente a Torka, una sensación de fortaleza y decisión había renacido en la tribu de Supnah. La tribu entera, maravillada, se había rendido al recién llegado como si éste fuera un sol brillante y cálido que iluminase su mundo. Mientras a Navahk le devoraba un feroz resentimiento, los miembros de la tribu de Supnah escucharon fascinados a Torka, quien les contaba cómo un mamut macho enfurecido había destruido su tribu, cómo había osado enfrentársele, siendo atrapado y levantado por sus enormes colmillos, y acto seguido arrojado contra el suelo y dado por muerto, aunque logró ponerse en pie y huir. De

toda la tribu tan sólo él, su mujer actual y su anciano abuelo sobrevivieron a la devastación causada por el animal. Los tres escaparon hacia el este, al país desconocido, a través de las salvajes y escarpadas colinas de una tierra distante, vulnerable a los depredadores y al frío de la noche infinita que penetraba hasta los huesos. No obstante, sobrevivieron a innumerables penalidades hasta que, por fin, hallaron refugio en una caverna situada en una montaña lejana. Habían encontrado un refugio para guarecerse de las tormentas y también al nido sucio y hediondo de un niño pequeño y asustado —Karana—, el cual había trepado a su vez a las alturas para salvarse.

Dirigidos por Torka, los cazadores de Supnah mataron a muchos miembros de la Tribu Fantasma, tristemente famosos desde tiempo inmemorial por la persecución y el rapto de que hacían objeto a las gentes de la tundra. Por añadidura, hicieron cautivas a una docena de mujeres jóvenes, tatuadas. Ahora, los rostros de estas mujeres, encantadas de su nueva situación, resplandecían de contento, y en sus ojos brillaba la admiración ante la extraordinaria perfección física y la pasmosa belleza del hechicero.

Navahk sonrió. La evidente adoración femenina le hizo olvidar momentáneamente sus sentimientos de frustración. Ellas, por lo menos, se sentían seducidas por sus relatos de encantamientos, relatos que figuraban entre los primeros recuerdos de su tribu, ya que eran utilizados para ahuyentar sus temores y tranquilizarles acerca de la posición que ocupaban en el mundo en que vivían.

Pero dándose cuenta de que peligraba la suya en el seno de la tribu, había elegido otro encantamiento. Aquella noche Navahk había convocado al miedo y danzado con él a la luz de la hoguera, asíéndolo tan estrechamente como si fuera su amante. Había hecho de él su aliado, reafirmando su propia categoría al desatar a la bestia del terror entre su pueblo, una bestia a la que sólo él, como hechicero, podía controlar.